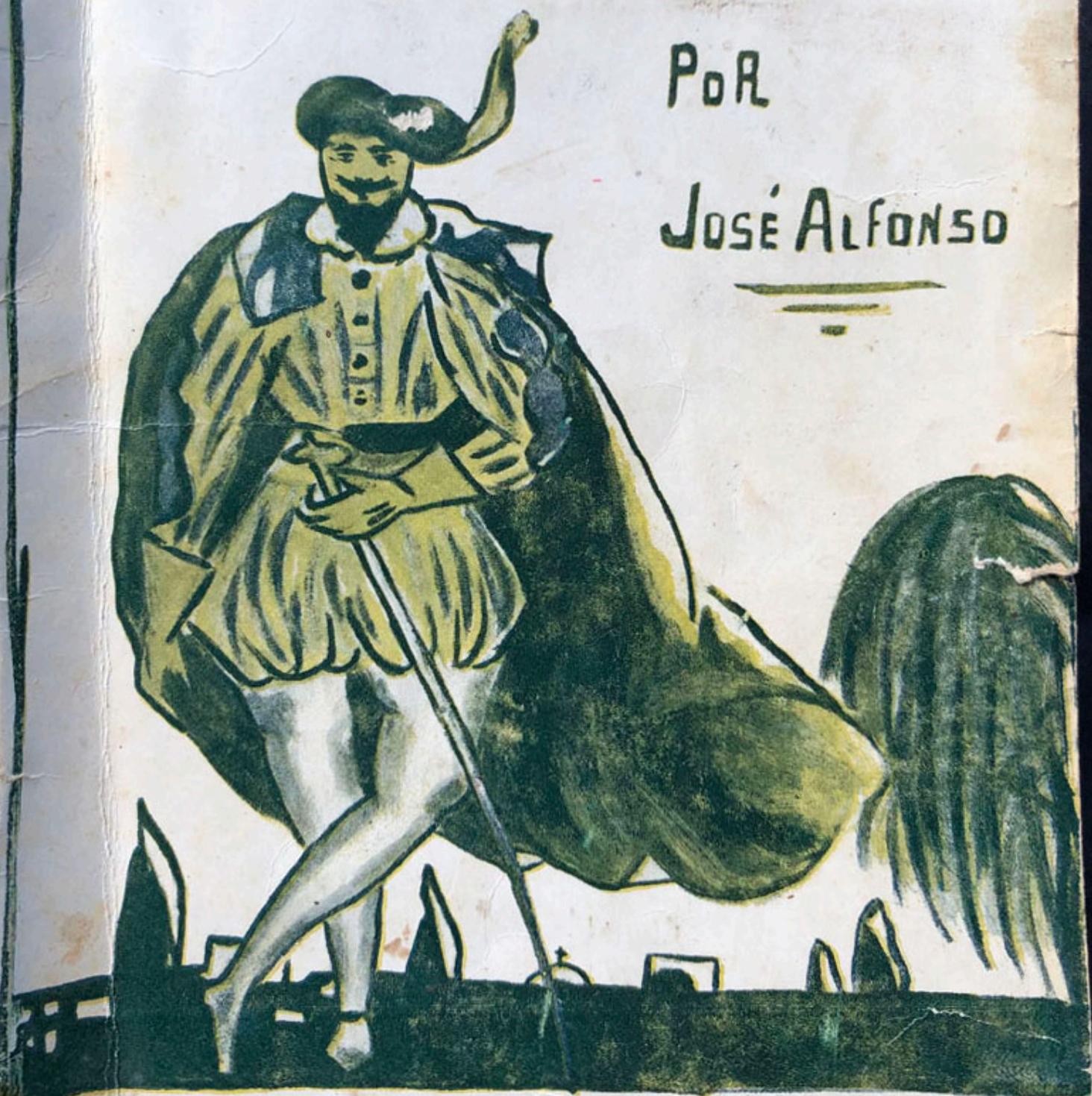


# EL TENORIO EN MONÓVAR

Por

JOSÉ ALFONSO

---



JOSÉ ALFONSO

---

# El Tenorio en Monóvar

---

(Apología de anécdotas humorísticas)

---

Con un epílogo de L. GIACO

Dibujo de Pura Verdú.

*Al querido Salvador Poveda,  
este libro me prehistórico, con  
un abrazo*

*José Alfonso*

MONÓVAR y Julio 1921.



JOSE ALFONSO

El Tenorio en Monóvar

ES PROPIEDAD

Con un coliseo de L. GIACO

Talleres Gráficos de Manuel Vidal.—MONÓVAR

## Unos vocablos preliminares

*Corría el año de mil novecientos diez y siete (y aún debe estar corriendo, si no te han dado alcance) cuando en nuestro coliseo teatral se representó un «Tenorio» tan marcadamente humorístico, que de drama espeluznante degeneró en una astrakanada de Muñoz Seca. ¿Que qué motivó la evolución? El buen humor de algunos ciudadanos que, tomando la escena por un trasunto de la Grecia antigua, nos legaron a la posteridad un puñado festivo de hazañas... inéditas. El caso era pasar la noche de Difuntos al amparo de un juergazo completamente medieval y olvidarse en tan macabros instantes de los cuatro días terrenos que usufructuamos en este bajo mundo.*

*La función—si no padecen amnesia—la recordarán muchos de nuestros coterráneos. El que estas líneas traza, inspirado en tan celeberrimo acontecimiento, urdió un puñado de anécdotas que presenta a la pública jurisdicción. Me enojaría grandemente que «alguna persona sensata» pretendiera establecer alguna relación entre su físico y el de los personajes que representaron el «Tenorio» en la noche inmortal. Los actores que desfilan por mis modestas anécdotas son de una fantasía loca y de una quimera de enlabillo: no están tomados sino inspirados—en la realidad. Sus personalidades son tan puramente utópicas, como el abaratamiento de las subsistencias o la baja del calzado. Nada más.*

EL AUTOR



El programa que había adosado a una de las paredes del Ayuntamiento, decía sencillamente lo que sigue:

**TEATRO DE MONÓVAR**

GRAN FUNCIÓN PARA HOY

**DON JUAN TENORIO**

POR

**Gabriel Sánchez**

El nombre del koloso actor monovero se hallaba grabado en caracteres gigantescos, que envolvían en una mueca despectiva a todo lo demás. Porque, sabedlo de una vez, anunciar aquí a Gabriel Sánchez equivalía al anuncio de Borrás en la Villa y Corte, y que nos perdone el Sr. Sánchez lo mezquino de la comparación.

La cosa era estupenda y el acontecimiento decididamente audaz. Representar el «Tenorio» en el teatro de Monóvar, un día laborable, era tanto como hacer oposiciones a la bancarrota más rotunda. Sólo el prestigio del «concienzado actor» sería capaz de desvanecer en el azul de la quimera este severo escepticismo. Cuando los pueblos trabajan no *holgan*, debe haber dicho un *Levefre*, un *Cavour*, o un otro cualquiera: yo por ejemplo.

Se podía decir que se mascaba la emoción artística. De la vecina *Lucentum* habían venido ya los *telegramas*, remoquete que, teniendo por origen la *brevedad* escultural de sus líneas o tal vez la poca consistencia de sus carnes, caía como una bendición sobre las comediantas encargadas de *asesinar* a la prosecta «Brígida» la torpe «Abadesa» y a la inocente «Inés». Claro que tales *asesinatos*, con todas las agravantes punibles, ni siquiera bordean el Código.

Todo se hallaba dispuesto: el «atrezzo» irreprochable; la «mise en scene» de una propiedad que avasallaba; mobiliario de época, trajes de época y unas sillas de... boj, que se conservaban incólumes al través de los tiempos, como unos papiros egipcíacos.

Gabriel Sánchez, ceñidos los calzones bordados de lentejuelas, avanzaba inquieto de un lado a otro de la escena prodigando ánimos y desparramando órdenes. El resto del *elenco*, actores espontáneos en su mayoría, se hallaba inquietante. Unos temblaban, otros tenían hasta calentura. No parecía sino, que iban a examinarse o a que les aplicasen unas inyecciones de neo-salvarsán.

*Ellas*, en sus camerinos, vestían la toga conventual y demás atavíos monjiles con una soltura y desenfado verdaderamente singular, a la vez que se *revocaban* el cutis con polvo de ladrillo, harina y otras vituallas semejantes. Embellecer aquellos rostros ajados y marchitos, era tarea más difícil, que pedir en el Casino del pueblo una junta general. Ya vestidas y *maquilladas*, salieron de sus respectivos camerinos—¡de algún modo hay que llamar a estos zaquizamies!—y se perdieron entre la nebulosa perspectiva de unos bastidores.

Sólo se anhelaba la hora de dar comienzo al espectáculo y la impaciencia sahumaba el ambiente con el acre temor de unos cómicos advenedizos. Levantaron el telón y..... ¡no podía ser! ¡aquello era un absurdo! ¡un fenómeno óptico por lo visto!

Lector amigo: si te decimos que en el patio de butacas sólo había cuatro personas, vas a creer que como buenos escritores cultivamos la hipérbole o te tanteamos el cuero cabelludo. Y sin embargo, pese a todas las dubitaciones, era así por desgracia.

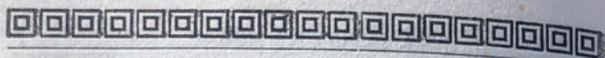
Nosotros (que, dicho sea de paso, formábamos entre las cuatro personas del pat' o de butacas) nos dirigimos al escenario, para hacerle ostensible nuestra admiración y nuestro sentimiento, al eximio actor. Cuando esperábamos encontrarle sumamente afligido, nos le hallamos sonriente y bromista, sentado junto a un baúl enorme donde yacía parte del vestuario y rodeado de toda la.... farándula. Nos acercamos al flamante *Don Juan*:

—Gabriel, deploramos de todas veras este insólito hecho. No nos explicamos el retraimiento del *respetable* en una noche, tal vez de gloria para todos. Si Kant presencia este *fenómeno*, no vacila en trasladarlo a su *Metafísica*.....

—Gracias por las nobles frases que me dirigís— nos atajó Sánchez—cocidas al calor de la sinceridad.

Y después, dirigiéndose altivo al resto de la compañía, tuvo unas palabras lapidarias:

—Señores desenfrenad el ceño y no os halléis contristados porque esto que nos acaba de ocurrir no tiene nada de particular. Además, que también le ha pasado a..... Vico.



Gabriel Sánchez era ante todo un actor de la antigua escuela. Había presenciado los torneos líricos entre el eminente Vico y el insigne Calvo, cuando representaban con una competencia honrosa el «Traidor infame y mártir» o el mismísimo «Don Juan Tenorio» y únicamente vino a sacar de estas dos glorias teatrales, el *latiguillo* sempiterno y el *amaneramiento* contumaz. Gabriel Sánchez veía bajo un optimismo confortable, que con cuatro trémolos, cinco suspiros o seis aspavientos, sería capaz de reencarnar al mismísimo Pedro Crespo de «El Alcalde de Zalamea». Y con visiones de tal guisa olvidaba el arte que danzaba ante sus ojos de una manera burlona.

Alguien ha dicho que si se coloca a un necio en la docta compañía de hombres que culminaron por sus ideas, no se le queda ni una..... para el remedio de contarlo. En cambio, se insitúa un sabio a la vera de unos jumentos y si a las cinco horas no cocea es porque a bocados ha roto la cabezada.

Si nosotros pretendiésemos establecer un ligero parangón entre el *caso* de Gabriel y la precedente teoría, arrojaríamos sobre nuestros sentimientos el estigma perenal de la incertidumbre. Gabriel tenía ante todo «madera» de artista y esto solo bastaba para salvarle de tan enojosa comparación.

Gabriel Sánchez sentía una preferencia decidida por el «Tenorio». Parecía llevar dentro un Miguel de Mañara, injerto en el famoso burlador. Su exaltación por el personaje zorrillesco rayaba en la demencia y sabía

de *pe a pa* todos los versos del eterno galán. Hasta su conversación particular aparecía esmaltada de modismos tenorioscos que él se complacía en mostrar ante la incultura manifiesta de las gentes. Si aventuraba unas pesetejas en los famosos dominios de Jorge y salía malparado, no se largaría a la calle sin decir «todo mi caudal perdí» al primero que oficiase de interrogante. Claro que si hubiese añadido el «*dobla a dobla* una por una» lo hubiéramos tomado en sentido chocarrero de una manera irrefragable. Si teníais precisión de hablar con él y solicitábais una audiencia, de fijo que no os la concedería por la mañana sino «a la hora del anochecer apenas» ¡Siempre rindiendo culto a D. José!

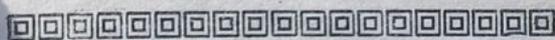
Sánchez, que durante el resto del año llevaba rasurada la barba, empezaba a dejársela crecer con los primeros días de octubre con el objeto de *asimilarse* a Don Juan, la noche de su..... holocausto. Este detalle capilar dice tanto de la admiración que profesaba el actor monovero, a Tenorio, que nuestra pluma, torpe y anodina de suyo, se resiste a seguir más tiempo por este camino.

Sánchez, era por encima de sus aficiones al arte de Zaconi, un hombre listo y ocurrente que se procuraba el «modus vivendi» de cien maneras distintas. Un grupo de petimetres y de ancianos cursis, creía a ciencia cierta que le tomaba el capilónico elemento, cuando requerido ante ellos, empezaba a declamar con acento sublime.

*«Si, si, sus bustos oscilan  
su vago contorno medra  
pero Don Juan no se arredra,  
¡alzaos fantasmas vanos*



Gabriel Sánchez, no se enojó lo más mínimo por el desaire cometido en su persona, la famosa noche del desastre *taquillario*. El comprendía muy bien, que era una insensatez anunciar una función teatral en un día de *faena*. Ya vendría el celebrado festejo de los Difuntos y se resarciría su personalidad de un modo absoluto, porque el «Tenorio» en Monóvar sin Gabriel Sánchez ejerciendo de protagonista, era algo tan inverosímil como encontrar unas pesetas en las arcas de los Ayuntamientos. Gabriel vivía por y para la futura fecha, saboreando de antemano las mieles de un triunfo.



Mucho es lo que se ha hablado y escrito acerca del «Tenorio». Plumas eruditas, bien talladas y amenas, nos han dicho casi todo lo que se tenía que decir del famoso drama y muy particularmente de su personaje central, especie de Quijote, Cyrano, Tartarín y Juan Español. Del «Tenorio», repito, se ha escrito mucho, por eso, si cometo la desfachatez de trazar unos renglones, no lo notarán. Ello me anima.

El *religioso* drama que al decir de los secuaces del retruécano, se parece a las aves porque tiene *dos alas a las nueve* en el convento *a las diez* en esta calle

según un autor satírico no constituyó para Zorrilla más que un pretexto: el de «esmaltar de ripios un diálogo». Las bellezas líricas que atesora forman legión, mas los eternos detractores hacen caso omiso de ellas, para cernirse en observaciones como la siguiente.

Si Tenorio fué un conquistador empedernido que todo lo fiaba a su porte y presencia, ¿cómo le dice a su escudero.

*«Con oro nada hay que falle:  
Cuutti, ya sabes mi intento:  
a las nueve, en el convento  
a las diez en esta calle»*

¿En qué quedamos, era Don Juan, o el dinero que poseía el acicate poderoso de sus galanteos?

Aparte enojosas disquisiciones, todos admitimos como algo natural y meridiano que *con oros nada hay que falle*. Como que los *oros* siempre son *triumfos* y...

¿a ver quién es el guapo que falla un triunfol? ¿No es esto de una claridad de fognazo?

También se pretende adivinar en *Tenorio*, un fanfarrón y un pedante, escondido en sus maneras distinguidas y en su encantadora prestancia. *Tenorio* era un hombre valiente y audaz que todas cuantas hazañas cupidescas llevaba a cabo, las realizaba ante las propias narices de sus amigos consentidos. Bien es verdad que hoy día, no se encuentran amigos como *Centellas* y *Avellana*, especie de testigos oculares de toda clase de trapicheos con el «alado infante». *Tenorio* no menta, sus conquistas eran de una veracidad inconcusa: no comprendemos de una manera diurna el dictado de fanfarrón y el de pedante, que le arrojaban como un sambenito a su leyenda amorosa, unos cuantos ciudanos cretinos.

Y como hombre cabal, *Tenorio* era más cabal que cinco pesetas. Si *Don Gonzalo de Ulloa* se aviene a darle en matrimonio —como «al unis» tenía acordado con *Don Diego*— a su hija *Ines*, el procaz decidor y la cándida novicia, hubieran constituido una pareja modelo. Pero obrando así, ni *Don José Zorrilla* hubiese escrito su obra, ni nosotros hubiéramos sabido qué hacer de nuestros ocios el día de Difuntos después de cenar.

La culpa de todo lo ocurrido, la tiene, aun a través de los años, el infausto *Comendador de Calatrava* y casi, casi, nos atrevemos a decir que su hija *Inés* no quedaba excluida de esta participación. Con haberse unido en los indisolubles lazos «tutti contenti». Hay matrimonios que por sí sólo constituyen una desgracia: este futuro enlace ya la constituía de antemano.

*Tenorio*, un guapo mozo que en esta vida pícara y licenciosa había cometido «un porción» de calaveradas, ansiaba redimirse con el matrimonio, lo que anhelaba de todo corazón. Le expuso sus proyectos a la candorosa *Ines*, quien le amó pero no llegó a comprenderle. Y el amor, la única, la avasalladora, la turbulenta pasión del gallardo doncel, que «empezó por una apuesta» y «siguió por un devaneó» llegó a apoderarse de su voluntad y de su alma en forma tan impetuosa, que todo lo pospuso a tan fogoso querer. Raptó del Convento a la de Ullóa cual nueva Proserpina y la condujo a su elegante quinta sevillana. Doña *Inés*, lívida y azorada, se inflamó de amor por el galán. La cosa... ya estaba hecha; llegaría el *Comendador*, le propondría el «arregio» y aquí paz y allí gloria.

El *Comendador de Calatrava*, llegó, sí, pero como un toro desencajonado. No fue bastante súplicas ni humillaciones para que depusiese su avinagrada actitud. *Don Juan*, en un impulso de sinceridad, arrodillado, rebajado, esclavizado ante su futuro papá político, le expuso el plan que pensaba seguir: le pidió perdón, le pidió que serenase sus ímpetus y le pidió... a su retño, convencido de que Dios,

«se la quiso conceder  
para enderezar sus pasos  
por el camino del bien

*Don Gonzalo*, escuchaba impasible e intransigente todo aquel torrente de lirismo sentimental, como el isócrono chapotear de la llovizna en las baldosas. ¡Aquel hombre era un carácter!

*Don Juan* no podía contenerse, *Don Gonzalo*, estaba dispuesto a llevarse a su hija y con ello la esperanza de

la salvación de *Tenorio*. Este insistía suplicante y de sus labios brotaba una frase que no podía decir la quien no poseyese víscera cardíaca, frase que comentó con acierto el escritor González Blanco. (1)

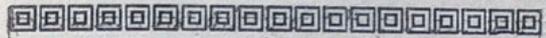
*Don Gonzalo* continuaba rígido e inflexible, solemne y hierático, sin conceder importancia al inexperto joven y derramando sobre su cabeza una sarta de improperios. La cosa estaba clara, *Tenorio*, amaba únicamente la virtud en doña *Ines*, sólo la virtud. *Don Gonzalo* no quería comprenderlo de este modo y *don Juan*, exasperado y maldiciente porque no veía salvación posible, empuñaba una pistola—que siempre disparaba al segundo o tercer intento—y trasladaba al «no ser» al funesto *Comendador de Calatrava*.

Luego, en un alarde de rebeldía que a la vez era sinceridad, se llevaba las manos a la cabeza en un gesto de desesperación y clamaba atronador dirigiéndose hacia las alturas:

«Llamé al cielo y no me oyó  
y pues sus puertas me cierra,  
de mis pasos en la tierra  
responda el cielo, y no yo»

Cuarteta por la que tildaron de inmoral—las órdenes religiosas—a la popular producción de Don José Zorrilla.

(1) No amé su hermosura en ella,  
ni sus gracias adore.  
Lo que adoro, ~~que~~ es la virtud,  
don Gonzalo, en doña Inés



Gabriel Sánchez, sabía muy bien, que representar el «*Tenorio*» en serio, en pleno siglo XX, auge de Carlos Arniches y de Pedro Muñoz Seca, era una vana pretensión. El teatro se hallaba plagado de anécdotas y sucedidos, chistes graciosos y bromas de mal género, que entorpecieron o glorificaron—según—el decurso escénico de la obra inmortal, más de una vez.

Aún se recordaba el dilecto personaje, que, preguntado de qué hacía en el *Tenorio*, hubo de responder—Hago de *maldito*—(papel que no constaba en el reparto.) Pero luego todo se aclaró: cuando *D. Juan* sentado ante la mesa de pino de la «Hostería del Laurel» escribe una carta, interrumpido por la zalagarda espantosa que mueve la turba y prorrumpe:

«¡Cual gritan esos malditos  
pero mal rayo me parta—

nuestro personaje era precisamente uno de los que vociferaban con más ahínco.

¿Pues y aquél *Don Luis Mejía* de que nos habla Joaquín Belda en un cuento semanal, que al llegar al

«... En tan total carestía  
mirándome de dineros  
de mi todo el mundo huía»

salía corriendo como un exhalación, para dar a entender mejor lo de la huída, en un detalle de «verismo escénico»?

También se recordaba jocosamente aquel otro «paso teatral» cuando *Tenorio* en el acto del Cementerio se dirigía dadivoso y prócer a la estatua del *Comendador*—personificada en un *gachó* que no sabía aún lo que era comer de caliente—y le espetaba a bocajarro las siguientes palabras:

«*Más si quieres te convidó  
a cenar, Comendador*»

palabras que dejaron oír a seguido una frase

«*¡No caerá esa breva!*»

que produjo las delicias de la multitud.

¿Y qué decir de la escena de la quinta en el momento culminante y horroroso de la tragedia, cuando *Tenorio* enarbola el arma mortífera? No recuerdo ninguna vez que se haya disparado la pistola al primer embate.

Una noche, el que hacía de *Don Juan*, viendo que el público se impacientaba porque no salía el tiro, hartado de paciencia y de zozobra se encaró con *Don Gonzalo* y le escupió en el rostro los siguientes vocablos.

«*Muerete de vergüenza Comendador*»

Y el Comendador rodó como una pelota.

«¡Habrás sido un síncopel!» exclamó un helénico; pero el público entusiasmado por el batacazo tan fenomenal y realista que acababa de pegar el odioso *Don Gonzalo*, prorrumpió en una ovación estentórea... y tuvieron que matar—«*ça va sans dire*»—al de Calatrava, lo menos una docena de veces.

En el piramidal «*Tenorio en Lavapiés*», nos refiere su autor, entre una de las muchas cosas truculentas que ocurrieron el día de la función, que para el desem-

peño del papel *estatuario* de *Don Gonzalo*, contrataron al *Chalina* «un verdadero hombre de piedra» de cuya aptitud para estarse quieto se contaban maravillas. «Una vez, en la tribuna pública del Senado, resistió sin cambiar de postura un discurso íntegro de don Faustino Rodríguez San Pedro: en otra ocasión, como se viera perseguido por la policía a causa de una sustracción de bombillas eléctricas, se fué a la plaza de Oriente, se encaramó en lo alto de la verja que rodea los jardinillos de la izquierda y adoptó una postura tan pétrea y medioeval, que los guardias le tomaron por la estatua de don Fruela II o de alguno de sus herederos».

Pues bien este *ser excepcional*, sostenía una apuesta de diez laureanos con el novio de «doña Ana», a pretexto de que no se movería lo más mínimo en el acto de la mansión necrológica.

Y ocurrió... que se situaron unos *asalariados* de *don Luis*, detrás del invicto *Chalina* y meciendo suavemente unos abanicos gigantestos, de los llamados pericones, lograron costiparle. El primer estornudo resonó como el disparo de un ariete en escena: el segundo ya fué seguido de una imprecación, porque perdía la apuesta, en el preciso momento en que *Tenorio* recitaba:

«*Estos sueños me aniquilan,*

*mi cerebro se enloquece*

*y estos mármoles parece*

*que estremecidos vacilan!*»

¡Y tanto como vacilaban! ¡Como que aquello parecía la resolución del movimiento continuo!

También el teatro valenciano de la «*Princesa*» rompió una lanza en honor de estas efemérides. Fué en el

acto de la cena, cuando la horripilante visión del de *Catalrava*, anuncia su visita con unos golpes tremebundos:

«¡Pom, pom!»

(—Mas llamaron)

A los pocos momentos volvían a oírse los golpes trágicos:

«¡Pom, pom!»

(—Algún chusco

—Algún menguado

que al pasar habrá llamado  
sin mirár siquiera donde).

Y vuelta de nuevo a las terroríficas llamadas

«¡Pom, pom!»

Hasta que un ciudadano del *paraíso* no pudo contenerse y al siguiente

«¡Pom, pom!»

musitó un

«¡La llell!» (1)

que fué celebrado por la *masa* de una manera indiscutible.

Pero el *clou*; la nota discordante; el golpe de gracia de toda esta relación de hazañas festivas, la constituyó el intemperante betunero alicantino llamado *Figol*, de jocosa recordación. Se celebraba el «Tenorio» en el teatro Principal de Alicante y *Figol*, más popular que la Explanada, era el que había de dar vida escénica al célebre escultor.

(1) «¡La llell!», aludiendo a los vendedores del jugo lácteo, que anuncian su mercancía con alabanzas ensordecedoras, en las casas donde efectúan sus ventas.

Aún no había hecho más que presentarse en las *tablas* diciendo aquello de:

«Pues señor, es cosa hecha;  
el alma del buen don Diego  
puede, a mi ver, con sosiego  
reposar muy satisfecha»

cuando una voz de las *alturas* exclamó reconociéndole:

«¡Che, Figol!»

El *escultor* incoercible de suyo no pudo reñrenarse y contestó iracundo:

«La f...amilia de ta mare, b...aniá!» (1)

Se produjo el revuelo consiguiente cuando *Figol* dirigiéndose a las *baterías*, se expresó en estos términos:

—Respetable público. Pido perdón a todos por las palabras que acabo de pronunciar, impropias de este sitio, pero es... que... ahí en la cazuela hay un mar...inero, hijo de... mala madre que me está jo...robando toda la noche.

Excusamos decir que allí se acabó el espectáculo.

Gabriel Sánchez, sabía muy bien todas estas cosas y se presumía de antemano que le jugasen alguna *charranada*. Mas como había traspuesto ya las lindes de la *gloria artística* y era más positivo que un billete de cincuenta *plumas*, poco le importaba que se *pitorreasen* audaces durante sus recitados, si el teatro se llenaba y se metía en el bolsillo treinta o cuarenta duros.

¡Después de todo hay que confesarle nuestra admiración!

(1) Necesitaríamos un *exégeta* para la traducción auténtica de esta frase.



Nuevamente volvieron a aparecer unos pasquines en todas las calles de la población:

**TEATRO DE MONÓVAR**

**Gran acontecimiento artístico**

HOY 8 DE NOVIEMBRE

**DON JUAN TENORIO**

POR

**Gabriel Sánchez**

Sólo que esta vez, fueron acogidos los carteles anunciadores con indecible entusiasmo. La función vendría a ser, eso mismo, un «acontecimiento artístico» porque Sánchez, el mejor intérprete de *Tenorio*, el creador de *don Juan*, saldría por sus fueros menoscabados y se hallaba dispuesto a reivindicarse con «Talia» de una sola vez.

Faltaban escasamente unas... doce horas para dar comienzo al espectáculo y no quedaba ya por vender ni una sola entrada. El lleno sería abarrotante.

Bien es verdad, que la función prometía dejar huellas indelebles a la par que inmarcesibles en los fastos teatrales de un pueblo. La animación era ingente y el entusiasmo se masticaba. Todo eran alicientes poderosos

ses que contribuían de un modo solemne a <sup>realizar</sup> realizar la fiesta. El día... domingo: la temperatura, impropia por lo templada, de la estación y la expectación por ver al conjunto de la compañía, avasallante, porque nos resta añadir el prestigioso concurso que aportaron a tan señalable fecha, unos cuantos «jóvenes distinguidos» de la localidad. Por si era poco, a fuerza de ruegos, súplicas y... una *burrada* de copas de aguardiente, habían conseguido meter en el ajo a Pedro Recover y a su hijo, dos cubas humanas tan aficionadas al alcohol que no bebían otra cosa pretextando que era lo mejor para... limpiar la ropa. De sus aficiones a la *libación* se narraban proezas.

Cuéntase de ambos, que una vez, como fuese la hora de la cena y faltase el hijo salió el padre en su busca teniendo la *casualidad* de encontrárselo en un tabernucho ante una copa gigantesca de picón.

—Tú—le dijo—vamos a cenar.

—Espera que me acabe esto—respondió el hijo.

—Entonces me tomaré, mientras, un vermouth.

Cuando acabó el hijo con el picón se dirigió al padre.

—Cuando gustes nos vamos.

—Hombre, aguarda un momento que me termine el vermouth.

—Entonces... *me haré* yo una cazalla en tanto concluyes.

En resumen, que a las cinco de la mañana tuvieron que sacarlos con dos espuelas del local.

En la adjudicación de los papeles, se tropezó de bue-

nas a primeras con una grave dificultad. Sánchez tenía decidido empeño en que Recover (padre) hiciese el «don Luis» porque de esa manera, ambos a dos, resultaban de aproximadas edades, pero Ricardito Iturzaeta un estudiante jacarero, le objetó acertadamente lo descabellado de su empeño, porque *Tenorio*, en el segundo acto, después de «soplarle la dama» a Mejía, lo encerraba en su casa y en un sitio que era precisamente la *bodega*.

«Buen lance, ¡viven los cielos!  
¡Estos son los que ¡an famo!  
Mientras le soplo la dama,  
el se arrancará los pelos  
encerrado en mi bodega.»

Y encerrar a Recover en la *bodega*, era de una audacia inconcebible. Todos los que integraban el elenco andaron contextes en que *Mejía* debía hacerlo Ricardito Iturzaeta, ante lo atinado de su observación y Ricardito no se arredró por las conquistas de *Tenorio*, porque si éste era «un hacha» para tales menesteres, él, en eso de encandilar hijas de Eva era talmente una postal iluminada.

El reparto quedó constituido de la manera siguiente:

<i>Don Juan Tenorio</i>	Gabriel Sánchez
<i>Don Luis Mejía</i>	Ricardito Iturzaeta
<i>Don Gonzalo de Ulloa</i>	Ochando... (el boticario)

(Representante monovarensé de la farmacopea y más humorista que dos pesetas sevillanas).

<i>Don Diego Tenorio</i>	Avelino Boldán
--------------------------	----------------

(Un abogado muy joven y simpático, de espíritu abierto a todas las diversiones... liberales)

<i>Doña Ines de Ulloa</i>	} Aurelia Finestrosa
<i>Doña Ana de Pantoja</i>	
<i>Lucia</i>	

(Una *midinette* alicantina que juntamente con su madre—Pepa López—cultivaba el arte de la Xirgú, como podía cultivar una hortaliza)

<i>Butarelli</i>	Ramoncito Vázquez
------------------	-------------------

(Uno de tantos... pelmazos y más molesto que un clavo en una bota)

<i>Marcos Ciutti</i>	Juanito Vela
----------------------	--------------

(La ironía y el gracejo... con pantalones y americana)

<i>Brigida</i>	Pepa López
----------------	------------

(Madre de la Finestrosa, enteca y flacucha, con más huesos que una sacramental)

<i>Un escultor</i>	Polo Merimé
--------------------	-------------

(Prosélito de Euterpe y maestro filarmónico)

<i>Centellas</i>	Recover (padre)
------------------	-----------------

<i>Avellaneda</i>	(hijo)
-------------------	--------

(Los populares devotos de Baco)

El resto del reparto ya no tenía tanta importancia. Como se verá la espectación que despertaron tales elementos, era fundada.

El vestuario lo habían traído ya: el colorido—descolorido diríamos mejor—de las vestimentas era de una anemia convaleciente. A Mejía le endosaron un traje rosa pálido que parecía una amapola temprana y a los próceres «caballeros encubiertos» les portaron a modo de airosas boinas unos gorros frigos más propios de los cocineros del Hotel Samper.

nas a primeras con una grave dificultad. Sánchez tenía decidido empeño en que Recover (padre) hiciese el «don Luis» porque de esa manera, ambos a dos, resultaban de aproximadas edades, pero Ricardito Iturzaeta un estudiante jacarero, le objetó acertadamente lo descabellado de su empeño, porque Tenorio, en el segundo acto, después de «soplarle la dama» a Mejía, lo encerraba en su casa y en un sitio que era precisamente la bodega.

*«Buen lance, ¡viven los cielos!  
¡Estos son los que ¡an famu!  
Mientras le soplo la dama,  
el se arrancará los pelos  
encerrado en mi bodega.»*

Y encerrar a Recover en la bodega, era de una audacia inconcebible. Todos los que integraban el elenco andaron contextes en que Mejía debía hacerlo Ricardito Iturzaeta, ante lo atinado de su observación y Ricardito no se arredró por las conquistas de Tenorio, porque si éste era «un hacha» para tales menesteres, él, en eso de encandilar hijas de Eva era talmente una postal iluminada.

El reparto quedó constituido de la manera siguiente:

*Don Juan Tenorio*                      Gabriel Sánchez  
*Don Luis Mejía*                        Ricardito Iturzaeta  
*Don Gonzalo de Ulloa*                Ochando... (el boticario)

(Representante monovarense de la farmacopea y más humorista que dos pesetas sevillanas).

*Don Diego Tenorio*                    Avelino Boldún  
(Un abogado muy joven y simpático, de espíritu abierto a todas las diversiones... liberales)

*Doña Ines de Ulloa* }  
*Doña Ana de Pantoja* } Aurelia Finestrosa  
*Lucia* }

(Una *midinette* alicantina que juntamente con su madre—Pepa López—cultivaba el arte de la Xirgú, como podía cultivar una hortaliza)

*Butarelli*                                Ramoncito Vázquez

(Uno de tantos... peimazos y más molesto que un clavo en una bota)

*Marcos Ciutti*                        Juanito Vela

(La ironía y el gracejo... con pantalones y americana)

*Brigida*                                 Pepa López

(Madre de la Finestrosa, enteca y flacucha, con más huesos que una sacramental)

*Un escultor*                            Polo Merimé

(Prosélito de Euterpe y maestro filarmónico)

*Centellas*                              Recover (padre)

*Avellaneda*                            » (hijo)

(Los populares devotos de Baco)

El resto del reparto ya no tenía tanta importancia. Como se verá la espectación que despertaron tales elementos, era fundada.

El vestuario lo habían traído ya: el colorido—descolorido diríamos mejor—de las vestimentas era de una anemia convaleciente. A Mejía le endosaron un traje rosa pálido que parecía una amapola temprana y a los próceres «caballeros encubiertos» les portaron a modo de airosas boinas unos gorros frigos más propios de los cocineros del Hotel Samper.

En el correo acababan de llegar las dos furcias alcantinas. Una tartana mugrienta y aborigen, las depositó en el *Hostal*, donde se consagraron a una tortilla de hierbas y unas chuletas de cordero, con un furor homicida. Luego, con los labios grasientos aún, los aplicaron a un vaso de «caldo de la tierra», se limpiaron los hocicos con el dorso de la manga y lanzando un eructo formidable se encaminaron al teatro.

Repito, que se mascaba la expectación.

Si nosotros tuviéramos una pluma fácil, pulida y esplendorosa como la de Gustavo Flaubert o la de los Goncourt, entraríamos de lleno en la descripción de la sala, que como cualquier farmacia se hallaba de *bote* en *bote*: mas como sólo disponemos de una leve pluma liviana, desistimos de abordar tamaña empresa (y conste que al decir empresa no aludimos para nada a la del teatro) y únicamente nos ocuparemos a grandes rasgos de lo que ocurrió telón adentro, la noche memorable.

El escenario parecía una Babel; telones por aquí, decoraciones por allá, «caballeros encubiertos» que cruzaban temblequeantes y azorados en medio de la greguería que armaban los actores neófitos y que ya se adelantaba impaciente al clásico

«¡Cual gritan esos malditos

La noche empezaba bien; un director de escena que daba órdenes premiosas a los empleados se dirigió a uno que se hallaba de brazos caídos.

—¡A ver ese... tramoyista!

El aludido, más monovero que la *Cañeta* creyó que

le había nombrado lo menos a su padre y replicó:  
—¡Ascolte lleve cuidado en es... insúlt! (1)

EL PRIMER ACTO transcurrió sin pena ni gloria. Solamente en la relación de sus respectivas hazañas consiguieron arrancar el tributo admirativo de unos leves aplausos. Ya entrarían en *carácter* los faranduleros. Como hecho digno de mención apenas si puede anotarse lo siguiente. Cuando *don Juan* en su *raconto* llega a aquello de:

«... *Salí de Roma por fin  
como os podeis figurar  
con un disfraz harto ruin  
y a lomos de un mal rocín,  
pues me querían ahorcar*»

al pronunciar lo de *ahorcar* —¡no sabemos por qué!— debe salpicar esta palabra de unas breves risotadas que los oyentes secundan. Se le pasó desapercibido el detalle... cuando un transpunte, sin duda para hacerlo resaltar, soltó desde dentro una carcajada extemporánea. Los *cómicos* comprendieron la cosa y soltaron el trapo de una manera tan estrepitosa que se contaminó hasta los del *gallinero*.

EL ACTO SEGUNDO tampoco ofreció nada de particular para los que esperábamos algo cáustico y truculento. Empezó con un rasgo que hacía entrever la masa festiva del populacho y no pasó de ahí la intención.

Fué cuando *Don Juan*, se acerca a la reja de *Lucía* y como contraseña bate palmas.

(1) ¡Oiga, lleve cuidado con los... insultos!

«¡Pam, pam!»

A la segunda vez que se oyeron las palmadas, gritó un chusco:

—¡Camarero, a mí un vermouht!

Y aquello fué el motivo para que no se oyese con debida atención y respeto litúrgico, las sentimentales y armoniosas consonancias de los ovillejos.

#### ACTO TERCERO

Representaba el Convento—¡vamos a imaginárnoslo así!—con un crucifijo, una silla, un reclinatorio y un sillón prehistórico.

El público acogía con grandes risotadas los aspavientos y visajes de la proxeneta *Brigida*. A *doña Ines* apenas le hacía caso. Era el momento para *lucirse* y *Brigida* triunfaba al conjuro de una cena abundante que la proveyó de optimismos.

*Ciutti*, entre bastidores, maduraba su plan: ¿cómo raptaría a *Brigida*? ¿tiraría de capa y convertiría la escena en una corrida de toros? ¡No, este procedimiento estaba ya demasiado manido! Buscaría algo artístico e ingenioso y a la vez de gran efectismo para las *galerías*. Se dió un palmotazo en la frente ¡pero hombre! ¿cómo no se le había ocurrido antes? Él se lo vió hacer a un gran actor cómico, que ante la obesidad excesiva de la *Brigida* de turno, no podía levantarla en vilo, parodiando a *don Juan*, a menos de contar con una grúa. Sí... pondría en práctica este *metodo*...

—¡*Ciutti* a escena!

La voz del transpunte vino a sacarle de quicio.

*Ciutti*—née Juanito Vela—se vió de repente cohibido en las *tablas*. El público se le venía encima como un

monstruo infernal. Acababa *Tenorio* de trasponer los umbrales del convento l'evando entre sus brazos la carga preciosa de su amada. *Ciutti* vió la figura sabática de la vieja alcahueta, que avanzaba hacia él, demandando juerguecita. ¡Aquella era la ocasión! *Ciutti*, acordándose de Onofrof, ensayó ante la anciana unos visajes hipnóticos, evolucionó caricaturesco para magnetizarla... después, con el dedo índice levantado, se lo pasó por la cara a la vieja asustadiza quien la emprendió tras él dando saltitos y haciendo cabriolas. Ambos a dos, hicieron el mutis por el foro y el público rompió en una ovación de las de padre y muy señor mío.

#### ACTO CUARTO

Estamos en la famosa quinta, aunque la escena y el decorado no nos lo aseveren. Un vetevé carmesí campea airoso en el centro; mas oigamos lo que dialogan *Brigida* y *Doña Ines*.

B.—pero es el asunto

I.—¿Qué?

B.—que no podemos ir

I.—oir tal me maravilla:

B.—nos aparta de Sevilla

I.—¿Quién?

B.—Vedlo, el *Guadalquivir*

Después de oir esto, no podemos ya seguir escuchando.

Unos momentos más y algo extraordinariamente grandioso nos asume la atención. *Tenorio* ha hincado la rodilla en el suelo, se ha apoderado de las manos trémulas de su «adorado tormento» y muy a su vera, con-

fundiéndola el aliento ha comenzado a hablar por el corazón... ¡!

« . . . . .  
¡Ah! ¿no es cierto, ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?»

(Una voz):—¡Sí!

Tenorio algo *choteado* siguiendo el dúo.

« . . . . .  
La barca del pescador  
que espera cantando el día,  
¿no es cierto paloma mía  
que están respirando amor?»

(Varias voces a coro):—¡¡Sí!!

Tenorio, continuando completamente fuera de sí, el arrullador pasaje:

«Esa armonía que el viento  
recoge entre esos millares

« . . . . .  
Ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor  
de sus copas morador  
llamando al cercano día  
¿No es verdad gacela mía  
que están respirando amor?»

(El teatro en pleno):—¡¡¡Sí!!!

Al llegar a este punto, unas gotas alevés salpicaron la nitidez inmaculada del rostro de la novicia. Tolito Albarrán, prototipo de los graciosos sempiternos, había

creído «muy oportuno» encaramarse a uno de los puentes de la escena y desde allí vaciar impunemente su vejiga, sobre los comediantes, como una lluvia reparadora y benéfica.

Don Juan, indignado por la poca lacha de algunos caballeres, le susurró por lo bajo a su novia.

—No tema, será que está lloviendo y como estos teatros son tan viejos...

Pero Doña Ines que se había olido la tostada, se acordó de su vida íntima y no le dejó concluir.

—¡Cá hijo, algún guarro indecente! A la otra vez me traeré un paraguas. El hijo de la gran... Canaria!

Los hábitos que vestía oyeron el último vocablo como una profanación.

Ricardito Iturzaeta, ejerciendo de «don Luis» cuando le llegó el turno de manejar el sable—lo que hacía con más propiedad que los típicos gorriones—hizo verdaderas filigranas en el arte de Afrodiseo e hizo también sudar la gota gorda al estupendo Tenorio, en medio de las delicias de la masa.

Hemos dejado para nota final de este acto, lo acaecido al Comendador Ulloa, por ser algo trascendental y caótico. Fué en el momento emocional de despacharle para el *mas allá*. Tenorio había hecho el simulacro del disparo cinco o seis veces y el tiro... ¡que si quieres arroz Catalina!... no se daba trazas de salir. El tiempo pasaba, el Comendador anhelaba desplomarse a pretexto de cualquier ruido y el público reflejaba cansino los grados más subidos de su impaciencia... cuando de pronto y entre los elementos que engrosaban la cana-

lla, se dejó oír un estampido formidable de origen tenebroso. Las carcajadas al oportuno iban ya a homenajearle, en el punto que *Don Gonzalo*—el boticario Ochando—se dirigía al de la cazuela al mismo tiempo que se desplomaba diciendo:

«¡*Eixe m' ha mort!*» (1)

Y tuvieron ambos un éxito macanudo.

El resto de la función se prodigó fértil en incidentes.

Armando Fanjul, un galeno joven con más humor que un... herpético y que no faltaba nunca adonde toda *charanga* tuviese su acomodo, se hallaba metido en el escenario desde que comenzó la función y no daba «señales de vida», con gran extrañeza de todos. Se esperaba «algo gordo» de su numen jaranero y ocurente y por ahora nada se verificaba. ¡Aquello era increíble!

En el descanso del acto del Cementerio, entraron en el escenario, (a darle la enhorabuena), a Gabriel quince o veinte señores amigos sinceros y admiradores fervientes de su arte. Sánchez se había portado en sus recitados mejor que nunca y arrancó atronadoras ovaciones del respetable en muchísimos momentos. Gabriel, muy complacido y satisfecho, recibió el holocausto admirativo del amistoso personal y les hizo pasar a la escena, donde los maquinistas, tramoyistas y demás operarios *montaban* el *comedor* de *Don Juan* con una panchorra anestésica. En el centro, una mesa de pino, con dos velones de Lucena y cabe su niveo mantel unos cubiertos yacentes. Cuatro sillas a los lados de la *tábu-*

(1) ¡Ese me ha muerto!

la... un testero al fondo y la decoración milenaria de los *espejos* oficiando de refectorio. He aquí todo el *menaje* del recinto. Los amigos de Gabriel se sentaron alrededor de la mesa como si quisieran ofrecerle un banquete y aquél rodeado de todos, escuchaba sonriente los encomios que le dedicaban. De repente y cuando la charla era más tumultuosa, el telón, como obedeciendo a un fenómeno ultraterreno, se levantó veloz en medio de la general estupefacción de las muchedumbres. ¡El cuadro que se ofreció a la vista del público era digno del pincel de Zuloaga! En medio de la algazara general, hubo hasta quien midió las costillas en el suelo de puro *atrotuamiento*. La dispersión de los judíos resultaba una manifestación ciudadana al lado de la que se efectuó en la escena en aquellos instantes.

¡Armando Fanjul ya había cometido una de las suyas!

En este mismo acto, deslieron unos polvos de *jalapa* en el vino que habían de ingurgitar los castizos Recover, parodiando a *Centellas* y *Avellaneda*. Cuando Tenorio invitó a Recover (padre) (que dicho sea para *inter nos* se hallaba como un tonel en semejantes momentos) diciéndole:

—*Cariñena*

*se que os gusta capitán.*

se armó un *jollin* de mil demonios.

La estatua del Comendador, al igual que la humedad, tenía que filtrarse por las paredes, sólo que aquí, en este teatro que no contaba con los trucos escénicos necesarios para simular la aparición, no tenía otro medio más factible de hacerlo que abriendo la puerta y entrando sin reparo. Después de su macabra perora

ción iba ya a desvanecerse, es decir, a salirse otra vez por la puerta lateral pronunciando las consabidas palabras:

*«los muros más espesos  
se abren a mi paso, mira»*

cuando Fanjul, acercándose a la puerta le corrió el cerrojo. El Comendador, soltó cinco o seis empujones que no produjeron efecto y dejó oír la galanura de unos epítetos subversivos. El público que ya se había dado cuenta de la maniobra optó por tomarlo a chungo y Don Gonzalo hizo quedar mal por una vez, a la clásica estatua del Comendador Ulloa.

Los polvos fatídicos, habían iniciado ínterin su efecto. Los autores de la jugarreta—el sin igual Fanjul uno de ellos—reían a mandíbula batiente desde los bastidores, cuando vieron que Centellas y Aveilameda, haciendo más eses que un perito calígrafo se levantaban de sus asientos y abandonaban la escena tan campantes.

¡Aquello no lo había previsto el autor del libro!

También el maestro Merimé, echó su cuarto a espaldas en este festivo torneo. Como el popular personaje del cuento que sólo tenía que decir en escena «viva Carlos Quinto» y se equivocó y dijo «viva Quirlos Canto», se le trabó la lengua y en vez de decir:

*«Ahora que los sevillanos  
se las compongan con él»*

Tergiversó la frase diciendo

*«Ahora que los compongamos  
se las sevillen con él»*

La baraúnda que se armó fué de sesión municipal.

Hasta los coros funerales se sintieron flamencos cuando llegó su hora y entonaron habaneras, soleares, el «mata-rile-rile-rile»,

*«Cuando en la playa mi bella Lola,  
su bella cola luciendo va...»*

*«Ramón el p... ajotero  
el p... ajotero Ramón»*

Gabriel, hecho un basilisco poblaba la atmósfera, de adjetivos familiares:

*¡Infames, ¡brutos!, ¡canallas!*

En fin ¡un acontecimiento sublime!

Cuentan que le preguntaron a Sánchez al día siguiente del espectáculo.

—¿Qué tal chico y anoche? Creo que fué un juergazo, una bacanal.

—Yo—respondió el egregio actor monovero—no tengo queja, me embolsillé treinta duros—¿y... tú?

El último Tenorio que representó Gabriel fué el año pasado; hacía de «don Diego»: tuvo una noche trágica y feliz. Fué tal la emoción que experimentó en la célebre escena que sostiene con su hijo, al decirle:

*«Don Juan, en brazos del vicio  
desolado te abandono,  
me matas, mas te perdono  
de Dios en el Santo Juicio».*

que al llegar al «me matas» le saltaron las lágrimas. El

momento fué de una emoción sentimental y patética: sonaron varios ¡bravos! estridentes y el *Borrás* monovero abandonó las tablas llorando emocionado. Se armó gran tremolina y le arrojaron un paquetito lujosamente envuelto, en cuyo interior reposaban unos rollitos de aguardiente.

Al finar la función y en el momento de liquidar o efectuar el arqueo, provino el jaleo de todos los años: nadie se entendía ni estaba conforme. Gabriel viendo la nula consistencia moral de los taquilleros y no queriendo menoscabar en un ápice el prestigio de su personalidad artística, tuvo un rasgo genuino que comentó favorable la opinión general.

—¿Qué pasa?—pregantó.

—Que... tal y cual y lo de más allá.

—Bueno, pues arreglaos como podáis porque conmigo no se juega: yo hago esto.

Y sacando las manos de los bolsillos de los pantalones, las *aventuró* justicieras entre un puñado de metal argentino.

FIN

#### ERRATAS IMPORTANTES

Pag. 7 Desenfruncid por *desfruncid*.

Pag. 23 Realizar por *realzar*.

Pag. 15 No fué por *no fueron*.



## EPÍLOGO

### Gálamo corriente

«L'ame qui n'a pas de  
but estably, elle se perd.»

MONTAIGNE

Has tenido, amigo, la humorada de recopilar en forma anecdótica las múltiples y variadas incidencias grotescas, bufas y hasta trágicas—¡oh, pulcra doña Inés perfumada con ácido úrico!—con que la musa Talía castiga las irreverencias de sus herejes. Con humor e ingenio has sabido narrar lo que gráficamente en el argot local se llaman «negraes»; sólo, que no es digna de tí esta labor. Tu cultura y tu sensibilidad no pueden participar de las profanaciones de que es objeto el don Juan creado por el romántico nacido en la tumba de Larra. Quédense esas bazofias para los cocineros de bodegón, para los «manchegos» de nuestros días, para los que juzgando de nues-

tra raza por el tipo presente, no pueden comprender el ansia de ideal de D. Juan Tenorio, la sublime locura de D. Quijote y el noble arrojo del Cid.

No dejo de ver la realidad mezquina de los tiempos en que vivimos. ¡Pero no te importe! Abandona tu tirso, símbolo de tanta chabacanería, de tanta ficción moral e intelectual. Desenvaina tu tizona, da nobleza a tu pluma y, guiada ésta por tu cerebro y aquella por tu corazón, arremete, amigo, arremete contra los cultivadores de bellotas en el jardín del sentimiento y de la idea.

L. GIACO.



Si este libro es de tu agrado  
nunca lo prestes, lector,  
pues al autor y editor  
les restaría *mercado*  
Jamás, si no te ha gustado,  
debes el libro dejar  
si te paras a pensar  
que quien propaga lo malo  
se merece más de un palo.  
¡Ya sabes como has de obrar!

LIBRO: 120

M. A. M. Callebaza

no pueden ser prestados, no pueden ser  
prestados de D. Juan Tenorio,  
el noble y el noble

de...  
...  
...  
...  
...

Si este libro es de tu agrado,  
nunca lo prestes, lector,  
pues al autor y editor  
les restarías *mercado*

7

*Handwritten signature or initials*

**PRECIO: 1'50**